

PINOCHO

AÑO VII
NUM. 342

25 cts

6 SETIEMBRE
1931

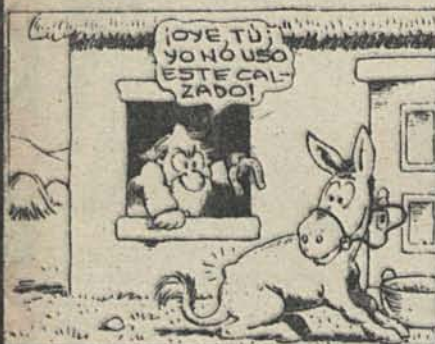


- ACABO DE VER UN HOMBRE HACIENDO UN CABALLO
- ¿QUE DICES?
- ¡SI! CUANDO LO ESTABA TERMINANDO, LE ESTABA CLAVANDO LOS
CLAVOS DE LOS PIES!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL CORSAARIO DEL RIO ROJO

Por
E. SALGARI



(Continuación)

costa y se halla dispuesto a combatirle esta misma noche: así pues asistiremos a una lucha formidable.

—¿Quién vencerá?—pregunté.

—Ambos cuentan con hombres valerosos, dos naves que están igualmente bien armadas y los antagonistas son de un valor a toda prueba.

La suerte decidirá.

El *sampong* entre tanto continuaba avanzando hacia oriente manteniéndose siempre próximo a la playa que podía verse siempre cubierta o bordeada de vegetación espléndida.

Habíamos recorrido ya lo menos diez millas cuando el mandarín me mostró dos puntos luminosos que centelleaban sobre las aguas del mar.

—¿Son los fanales de una nave?—pregunté.

—Son los del barco del mandarín chino—me respondió.

—Parece que están inmóviles—advertí.

—Sí, el mandarín no osa asaltar a su enemigo

en la bahía, pues tiene miedo a los bajos fondos y por eso le espera en alta mar.

—¿Nos recibirá a cañonazos?

—Pasaremos inadvertidos y además estamos fuera de tiro.

—Pero vuestro amigo puede tomarnos por espías y saludarnos con unos balazos lo que me haría muy poca gracia.

—Sinkio comprenderá que somos amigos suyos.

Dió algunas órdenes a sus hombres. En seguida encendieron sobre lo alto de la toldilla una farola de papel engrasado de gran tamaño y luego otra más pequeña de papel verde.

Hecho esto el *sampong* se dirigió rápidamente a tierra bordeó un pequeño cabo y entró al fin en una pequeña bahía en medio de la cual se veía confusamente una masa enorme y negra.

—Es el buque de Sinkio me dijo el mandarín.

—¿Vamos a bordo?

—Sí, al menos si no oponéis nada en contra.

No podía rehuir ante aquel ofrecimiento sin perder mi prestigio de europeo. Confiando pues en la lealtad del mandarín y la del contrabandista acepté sin hacer más observaciones.

Tenía además una invencible curiosidad por conocer a aquel hombre que había desafiado con un puñado de hombres al Imperio más populoso del mundo si no el más potente.

Atravesamos la bahía y llegados ya a la distancia de un tiro de flecha de aquel buque oímos gritar a un centinela:

—¿Quién vive?

—El mandarín Ping—respondió mi compañero.

—Adelante.

Abordamos al buque por la proa y en seguida nos lanzaron una escala de cuerdas.

Vencí mis últimos temores y comencé a trepar por ella adherido al costado del buque hasta alcanzar la barandilla de proa.

Algunos hombres provistos de linternas me rodearon y examinaron con recelo.

Todos eran de gigantesca estatura, aspecto fiero, vestían sobre los camisotes mallas de acero empavonado y cubrían sus cabezas con yelmos de acero que figuraban monstruosas testas que infundían pavor con solo mirarlas.

De sus cinturones pendían largos sables de

los que los japoneses llaman *catanes* de hoja larga, derecha y cortante como una navaja de afeitar.

—Es un amigo mío—, dijo el mandarín viendo que aquella gente no cesaba de mirarme de un modo un poco impertinente—. ¿Dónde está vuestro jefe?

—En popa—contestó uno de ellos.

El mandarín me tomó de una mano y me hizo atravesar el barco.

La nave era un magnífico velero de formas macizas, altísima proa adornada con un dragón gigantesco pintado de rojo y una ancha popa.

Estos barcos poco seguros y pésimos veleros son muy usados por los chinos y tonquineses; emprenden a veces largas travesías pero cada año se hunde un gran número de ellos.

En este del contrabandista había varios cañones, gruesas lombardas y falconetes y colgadas de las bordas se veían espingardas y armas blancas de todas clases.

Al llegar a la popa el mandarín me presentó a un hombre vestido por completo de láminas de acero como los antiguos japoneses, bajo de estatura, rechoncho y nervudo. Su semblante no tenía nada de espantoso antes al contrario sus ojos pequeños y oblicuos tenían un brillo bondadoso.

Al verme el famoso corsario me sonrió amablemente y después de haber cambiado con el comandante algunas palabras en un idioma que

(Continuará en el próximo número)

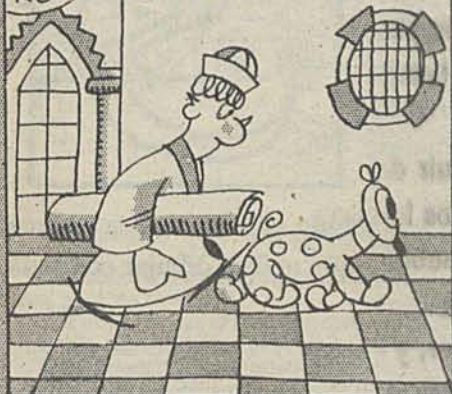


CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



CONTINUACIÓN

PERICUELO SE DIÓ CUENTA DE LA IMPORTANCIA DEL HALLAZGO Y COGIENDO EL PLANO BAJO EL BRAZO SE MARCHÓ CON EL A LUGAR SEGURO



Y CON LA AVIDEZ QUE ES DE SUPONER SE PUSO A EXAMINARLO DETENIDAMENTE, AQUELLO ERA UN LABERINTO DE PASILLOS, ESCALERAS, CALABOZOS Y MAZMORRAS



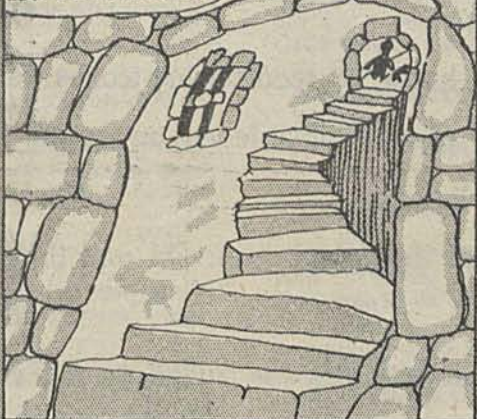
PERO HABIA UN ESCONDIDO SITIO SEÑALADO CON UNA CRUZ Y UNA INSCRIPCION QUE DECIA "AQUI SUFRE SU MARTIRIO LA PRINCESA BLANCO LIRIO" PERICUELO NO ESPERÓ UN SEGUNDO MAS



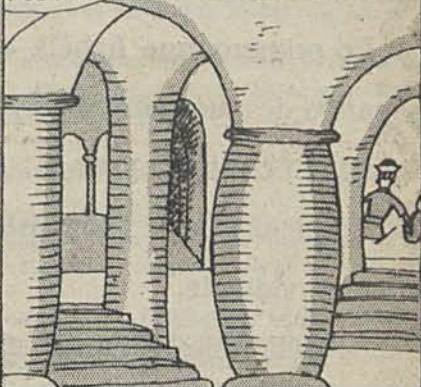
Y COMO CHUFITA QUISO IR CON EL LE DIJO: MIRA CHUFITA, LA EMPRESA EN QUE VOY A METERME ES DE VIDA O MUERTE. CREO QUE DEBIERAS QUEDARTE AQUI Y ESPERAR HASTA QUE YO VUELVA, VIVO O MUERTO



PERO COMO CHUFITA NO QUERIA ABANDONAR NUNCA A SU AMIGO, Y MENOS EN LOS MOMENTOS DE PELIGRO SE FUE CON EL Y CON LA ESPERANZA PUESTA EN EL VALOR DE PERICUELO



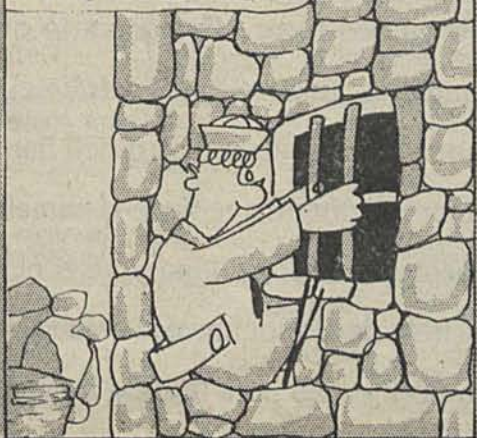
LA INTELIGENCIA DE PERICUELO ERA PRODIGIOSA. DE OTRA FORMA NO SE EXPLICARIA QUE CAMINASE HACIA EL LUGAR DESIGNADO, SIN VACILAR, SIN PERDER UN PASO, RECTO COMO UNA FLECHA



¿VES AQUELLA VENTANA? DIJO PERICUELO SEÑALANDO A LO ALTO DE UN MURO DE PIEDRA - PUES AHI ESTA BLANCO LIRIO Y TENEMOS QUE SALVARLA CUESTE LO QUE CUESTE



PERICUELO, CON SU AUDACIA Y SU VALOR LLEGÓ HASTA LA VENTANA, PERO LA OSCURIDAD MÁS NEGRA SE VEIA A TRAVES DE SUS BARROTES



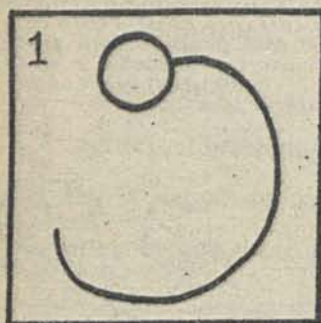
PERICUELO ENTONCES GRITÓ CON TODA LA FUERZA DE SUS PULMONES: ¡PRINCESITA BLANCO LIRIO! Y UN RUGIDO COMO DE LOBO HAMBRIENTO CONTESTÓ A ESTE GRITO



CONTINUARA

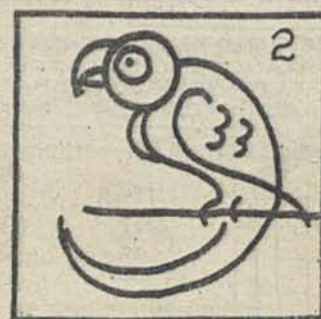
PARA PASAR EL RATO

TODOS DIBUJANTES



Dibujar un loro subido en una jaula, amigos pinochistas; es extraordinariamente fácil en estos tiempos de estilización y progreso.

Basta un poco de paciencia para conseguir después en un periquete no un loro sino todos los loros que os pidan vuestros amigos todos ellos subidos, naturalmente, en las correspondientes ramitas.



El dibujo número uno os indica cómo habéis de comenzar vuestra labor, y el dibujo número dos la manera con que habéis de terminarla. Dicho esto me retiro modestamente por el foro para que podáis dibujar con toda tranquilidad y sosiego...

UN ROMPECABEZAS MUY SENCILLO

Os presento un rompecabezas bastante sencillo, con objeto de que no os calentéis demasiado la mollera.

Lo primero que habéis de hacer es recortar los trozos de papel negros y pegarlos después con el mayor esmero posible en un cartón o cartulina de alguna consistencia.

Lo demás es de una claridad deslumbradora. De una diafanidad envidiable.

Se trata únicamente de que combinéis los trozos de manera que consigáis reproducir la figura de ese camello que al pie de la plana parece sonreírse de vuestros esfuerzos.

Pero es preciso que le dejéis en mal lugar. Es necesario que le demostréis que hasta el fin nadie es dichoso y que reirá mejor el que ría el último. Me parece que no os resultará muy difícil hacer



cambiar la opinión que tiene el camello de vosotros y creo adivinar que el pensamiento de Pinocho os servirá de estímulo y ayuda para triunfar en vuestra empresa.





Un invento que se perdió

Los inventores de cosas útiles han sido a veces víctimas de sus propios inventos.

Tal ocurrió con el hombre que por primera vez descubrió la fórmula para fabricar el cristal flexible.

Este inventor cuyo nombre no conserva la Historia se presentó un día delante de Tiberio para hacerle conocedor de su invento.

El emperador romano siguió con gran interés la demostración que se le hacía sobre la flexibilidad del cristal.

Pero esto hizo reflexionar al emperador y creyó que podría causar enormes perjuicios a la industria artística que en aquel entonces se servía únicamente del oro y la plata para fabricar las copas y los vasos.

Ante este temor preguntó al inventor.

—¿Quién conoce tu secreto?

—Nadie, señor—respondió—. Mi invento no es conocido de nadie.

Estas palabras bastaron para que Tiberio firmase su condena. Una hora después el inventor fué decapitado. La fórmula que permitía obtener el cristal flexible murió con él.

Las deudas en Abisinia

He aquí una curiosa costumbre que existe en Abisinia y que tiende a hacer desaparecer el vicio de pedir dinero prestado y el de darlo.

Cuando uno que ha recibido dinero no lo paga se le encadena juntamente con el que se lo ha prestado y no se les quitan las cadenas de encima hasta que ambos llegan a un acuerdo, cosa que generalmente tarda poco en llegar.

Y se da el caso curiosísimo de que si los encadenados son hombre y mujer se transforman a veces en matrimonio y matrimonio cristiano, porque los abisinios son desde lejanos tiempos discípulos de Cristo.

Los primeros sellos de Correos

En el año 1810 el Piamonte tenía el monopolio del servicio de Correos y hacia el 1816 el pequeño Estado estudió los medios de modernizar aquel servicio.

En 1818 puso en circulación una tarjeta postal que llevaba el primer sello.

Para aquellos tiempos hay que reconocer que el precio de estas tarjetas así timbradas era relativamente elevado. Costaba quince céntimos para las distancias inferiores a 20 kilómetros y una peseta para las distancias superiores a 35 kilómetros.

El promotor de los sellos de Correos fué Pedro Lombard, secretario general del servicio postal piamontés.

En 1840 Inglaterra imitó el ejemplo del Piamonte y bien pronto el uso del sello de Correos se generalizó por todos los países.

Un templo subterráneo

:: :: rodeado de agua

Los arqueólogos ingleses, que son los que más interés y actividad han demostrado siempre en explorar las grandezas del antiguo Egipto, descubrieron las maravillas subterráneas de la ciudad egipcia de Abydós. En ella se encuentra un gigantesco monumento tallado en la roca que se llama, por estar consagrado a la diosa Osiris, el Osirión.

El edificio principal está en una isla artificial rodeada por un foso muy profundo.

Se compone de una gran sala cerrada de hermosas columnas que reposan sobre basamentos sumergidos en el agua. Cada una de estas columnas pesa, por lo menos, cuarenta toneladas.

Para permanecer en este templo hace falta una embarcación.

Se trataba, sin duda, de una fuente o tal vez un baño sagrado, como el de los hindus en el Ganges.

Las catedrales monumentales

San Pedro de Roma es la catedral más extensa del mundo pues cubre una superficie de 7.902 metros cuadrados. Tiene una longitud de 219 metros y su cúpula se eleva a 136 metros de altura.

Después sigue la catedral de Sevilla que ocupa próximamente la mitad de superficie que la de San Pedro. Su campanario, la célebre Giralda, mide 122 metros.

Luego la catedral de San Juan de Nueva York, que ocupa 3.794 metros cuadrados, aunque su campanario gana el record de altura, pues se eleva a 152 metros.

Signe la de Milán, con 3.723 metros de superficie. Continúan la de Liverpool, la de San Pablo, de Londres, etc., etc.

Los negros progresan

Es indudable que los negros van ocupando en la civilización un lugar importante.

Toman ya su buena parte en la actividad universal.

Una estadística que se ha publicado recientemente en los Estados Unidos nos lo demuestra con elocuencia.

En América existen 30.000 sujetos de raza negra que son directores de firmas diversas.

Hay 5.000 artistas dramáticos o de music-hall; 80 arquitectos; 300 pintores y escultores; 400 periodistas; 300 farmacéuticos; 2.000 profesores de Universidades; 1.500 dentistas; 1.000 abogados; 600 fotógrafos; 8.000 músicos; 4.000 cirujanos; 800 ingenieros; 3.000 enfermeros, etc., etc.

Esto demuestra la gran importancia que la raza negra adquiere en el concierto de la civilización universal.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ESTE CALOR ME DERRITE, CURRINCHE. ESTOY YA MÁS TIERNECITO QUE UN PLATO DE NATILLAS



¡GOLOSO!

¿Y SABES QUIÉN TIENE LA CULPA DE TODO ESTO? EL SOL, Y NADIE MÁS QUE EL SOL



UN SERVIDOR SE LO ESTABA FIGURANDO PERO NO QUERRÍA DECIR NADA

PUES TE ADVIERTO QUE EN CUANTO SEME HINCHEN LAS NARICES SE VA A ACABAR TODO ESTE CALOR



¡AH, SÍ? PUES YO SOY UN HACHA EN ESO DE HINCHAR NARICES

¡EA! ¡YA SE ME HAN HINCHADO LAS NAPIAS! ¡AHORA VA A VER EL SOL QUIEN JOY YO!



¡POBRECILLO! ¡TAN JOVEN Y TAN CHALUPA!

TU SÍGUEME Y NO HABLES NI UNA PALABRA. ESTO QUE VOY A HACER ME LO ENSEÑO MI ABUELITA

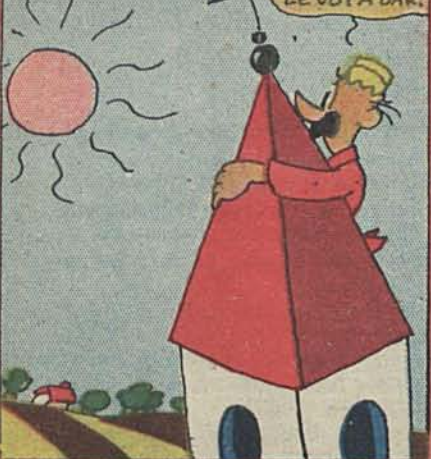


¡LA POBRE!

ESPERAME AHÍ, CURRINCHE QUE EN SEGUIDA BAJO



¡YA VIENE EL SOL! ¡YA OIGO SUS PASOS! ¡QUÉ SUSTO LE VOY A DAR!



¡TE PESQUÉ!

¿VES MORENO? SE ACABÓ LA PRESENTE HISTORIA, YA NO HARÁ MÁS CALOR



COLORÍN **SU PANDILLA**



DON KATITE



CUENTOS DE CALLEJA

Cashio

EL PAJE PEPITIN

UNA vez había un noble muy forzado llamado don Sinibaldo Tentempié. Este individuo tenía un paje tan delgado como él era grueso, y tan bajito como él era agigantado; se llamaba José, y era un fiel y leal servidor de don Sinibaldo.

Este, muy emprendedor y atrevido, llevaba al cinto una tremenda espada que pesaba veinte arrobas, y que sólo él y Sansón podían manejarla.

Confiado en su fuerza, no había aventura que no quisiera intentar.

Le dijeron que en una comarca llamada Trapalonia había un gigantesco soberbio que se entretenía en comerse los menudillos de los trapalones, y que hasta ahora nadie había logrado vencerle y librar al mundo de aquella plaga.

Don Sinibaldo montó en cólera y en un caballo fabricado expofeso para él, acompañado de su fiel paje, diciendo:

—Pepe, vamos ahora mismo a mojarle la oreja a ese gigante.

—Como usted quiera; le mojaremos aunque sean las narices.

Al cabo de treinta y tantos días de camino llegaron a Trapalonia, donde todo el mundo lloraba a moco tendido, lo cual, por cierto, es vicio feo.

—¿Por qué lloráis, señores trapalones?—preguntó don Sinibaldo.

—Porque el gigante Magras Gordas se ha zampado esta mañana al Ayuntamiento, con alcalde y todo, y ahora duerme la siesta haciendo la digestión de los concejales.

—Pues con seguridad que se le van a indigestar—replicó el noble—. Decidme dónde se encuentra, y os prometo que no volverá a tragar nada en cuanto se trague mi espada hasta la empuñadura. El acero es de peor digestión que los concejales.

Los trapalones le llevaron junto a un castillo rodeado de agua por todas partes, y al que sólo podía llegarse por una puerta, en la cual una rueda de navajas de afeitar de enorme tamaño estaba siempre dando

vueltas y en disposición de hacer la barba y algo más al incauto que se atreviera a pasar por allí.

Don Sinibaldo no tenía miedo a nada más que al agua, porque nadaba lo mismo que un almirez; y así fué que en cuanto se convenció de que no podía pasar a la otra orilla sino mojándose, hizo un gesto, y volviéndose a su paje, le dijo:

—Pepe, ¿no te parece que nos volvamos a casa? Porque en tierra firme yo no temo a nadie, pero esta humedad me hace daño, y no quiero pescar un reuma que me balde.

—Señor—exclamó el paje—, antes de venir era tiempo de volverse atrás; mas con el enemigo delante fuera una cobardía retroceder.

Y cogiendo a su amo lo subió sobre sus hombros con una fuerza impropia de su pequeñez, y le pasó al otro lado sin que sus pies siquiera se mojasen.

Allí José comenzó a soplar sobre la rueda con tal fuerza, que la destrozó, y aprovechando ese momento penetraron ambos en el castillo, no sin dejarse el paje un pedazo de carne mayor que un jamón enganchado en una de las navajas.

Al penetrar en el castillo oyeron un ruido como el de cien cañonazos: eran los ronquidos del gigante.

Guiados por ellos llegaron a la habitación donde dormía, y le vieron en un enorme patio, que era su alcoba, tendido en el suelo.

Don Sinibaldo, de una estocada, le hundió en el vientre cuatro varas de espada, y el gigante dijo sin abrir los ojos:

—¡Caramba, y cómo me pican hoy las pulgas!

Don Sinibaldo le volvió a dar otra feroz estocada, a lo cual el gigante abrió los ojos y dijo al caballero:

—¡Hombre! Vienes a ayudarme a hacer la digestión; como picas mucho, voy a comerte en calidad de guindilla o de mostaza para dirigir a estos infelices que se me están paseando por el estómago.

Se incorporó, y cogiendo a don Sinibaldo por el cuello lo levantó en alto, y abriendo su boca se lo iba a tragar con espada y todo.





Don Sinibaldo, con su espada de veinte arrobas, pasó por el gáznate del gigante, y a poco llegó dando mandobles al estómago, que encontró bastante lleno.

En esto Pepillo sacó un alfiler y dió al gigante tan feroz pinchazo en el vientre, que el coloso comenzó a dar gritos y a llamar a su mamá.

De otro pinchazo cayó muerto el gigante, y a poco se oyó ruido, y por último apareció en el vientre la punta de la espada de don Sinibaldo, que hizo pronto una enorme brecha, por la cual salió el caballero, y detrás el Ayuntamiento de Trapalonia.

De vuelta a su país entraron en un castillo cuyos dueños estaban sumidos en el mayor duelo. Tenían a su única hija en peligro de muerte a consecuencia de un callo recalentado.

El caballero se ofreció a curarla el pie con callo y todo; pero el pajecillo dijo que él se encargaba de la curación.

Se fué al gallinero, y cogiendo al gallo le preguntó: —¿Cómo se curará la princesa?

A lo que el gallo, que estaba muy bien educado le dijo:

—En las cuevas del castillo vive un enano con toda la barba que es el causante del mal de la joven. Hay que buscarle y afeitarle en seco. En el momento veréis a mi ama buena y sana. Pero tened cuidado, que no se dejará coger así como se quiera.

El joven bajó a los sótanos y se escondió tras unos muebles viejos, hasta que asomó por allí el enano, que llevaba al hombro una barra de hierro que pesaría aproximadamente cien arrobas.

Iba cantando muy tranquilo, cuando de pronto el pajecillo le cogió por los hombros, y sujetándole con unas fuerzas hercúleas de que nadie le hubiera creído capaz, sacó una navajilla, y sin darle tiempo a defenderse, le afeitó en tres horas, mientras el afeitado daba feroces gritos contra el improvisado barbero.

Cuando subió a las habitaciones del castillo vió que la joven moribunda estaba buena y sana, y sus padres contentísimos y muy agradecidos al paje y a su amo.

Les obsequiaron espléndidamente, y a los pocos días prosiguieron el viaje hacia su tierra.

Les obsequiaron espléndidamente, y a los pocos días prosiguieron el viaje hacia su tierra.

Cuando llegaron se enteraron de que unos ladrones se habían apoderado del castillo de don Sinibaldo y que habían jurado matarle en cuanto asomara las narices por aquellos alrededores.

—¿Cómo las narices?—dijo irritado el caballero—; asomaré todo el cuerpo, y lo que es peor, la punta de la espada.

Cuando los ladrones, que eran muchos y valientes, se enteraron del regreso de don Sinibaldo, salieron a su encuentro; pero al ir a acometerle, el paje tocó un pito raro y del cielo cayeron miles de águilas que, cogiendo por las narices a los bandidos, los levantaron en vilo hasta la altura de los tejados. A otro silbido los soltaron y se hicieron pedazos contra el suelo, sin que quedase vivo ninguno para contarlos.

Al llegar don Sinibaldo a su casa, su paje no quiso penetrar con él, diciéndole:

—Amigo mío, hasta hoy he sido tu auxiliar y compañero por orden de mi madre el hada Martina, que te protege; mas ya no corres ningún riesgo, te abandono y me vuelvo a su lado. Toma este silbato, y cuando me necesites hazlo sonar tres veces y al punto me tendrás a tu lado. Queda en paz y fía menos en tus puños y en tu espada de tantas arrobas, y confía más en la protección divina, que es la que da la victoria en todas las luchas por la vida.

Don Sinibaldo quedó pensativo, y al levantar la vista vió al paje transformarse en un genio de simpático aspecto, que se desvaneció en el aire como se desvanece un sueño.

Desde entonces, cuando alguna vez tiene que entrar en batalla, antes de empuñar las armas va al oratorio del Castillo y allí pide a Dios protección para los suyos.

Y es que lo mismo en la lucha con las pasiones que en los combates más fieros, hay que contar, más que con nuestras fuerzas, que son bien escasas, con el amparo del que todo lo puede.



FIN

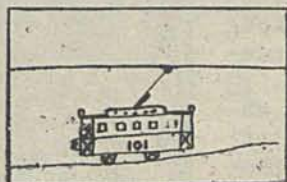
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SETIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Don Fernando B.
Ramón Andrada



Por Fuencarral
Tomás Berdugo



Cabezudo
M. Acevedo



Una carroza antigua
J. Ordoqui



Ermita de Nobales
Pablo López Solla



Una jovencita
Purita Herguela



Mi vapor. Mercedes Sánchez



Un barco
Purita Antolínez



Dos amigos inseparables
José Ibáñez



Aviadora
J. Jaraquemada



Comulgando
M.ª Pilar López



Carabela
Carlos Alegre



Mi hermana Pili
Amparo S. Miguel



Currinche
Angel Prieto



Chispita
Julio Forcén



Barco
José Navarro



Chufita
E. Avezuela



Mi gato
J. J. Waltron



Puerta de San Antón
en Tarragona
Alberto Fernández



El caballo de Ton
S. Colmenero



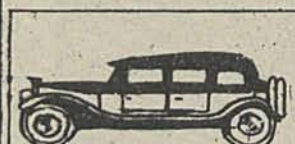
Perfil:
Concha Comas



Chevalia
Fidel Quera



Perfil
María Sesma



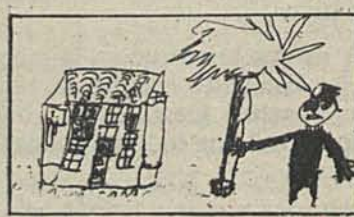
Un automóvil.—Enrique Torra



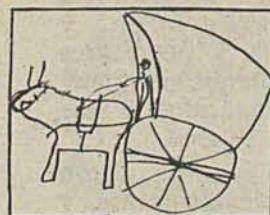
Reloj de mi casa
Mili Crespo



El rey de los cocos
Jaime Silva



Paisaje con un hombre.—M. Burgueño



Tartana.—Enrique Carazo



Molino de viento
Alberto Ramón Carazo



M.ª Lourdes Vallet
Fantasía oriental



María Luisa
Inés Jaraquemada



A. San Miguel
La burra Nicolasa



Un gato y un conejo
María Sesma



¡Se le murió
su abuelo!
J. J. Waltran



Casa de Pepe Carazo



Perfil
Roberto Serrano



Mi muñeca
C. Comas



En un monte
Francisco Mayán



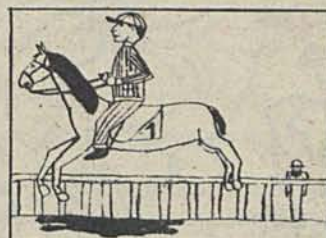
Un tonto
muy tonto
V. Andresco



Escena de época
Jesús Martínez



José Luis de la Vega
El Carnaval



En las carreras. Ramón Andrada



Mi muñeca
M. Carazo



Conocidos.—Luis García



¿La conocéis?
P. Hergueta



Conocidos.—J. Ordoqui



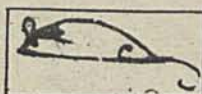
Miss Rusia
A. San Miguel



Cómoda
por Amparo



Republicano
M. de la P.



Ratón.—Julio Forcén



Un pollo
A. San Miguel



Don Tura y su
botones
M. Acevedo



Anita
José López



Conocidos
J. Ordoqui



Mi toro
Vicente M.



Tin
María Sesma



Cuadro
Aurora Vidal



Pamplinas
R. Melero



Un chinito
S. Colmenero



Un despeje
Alfredo Baras



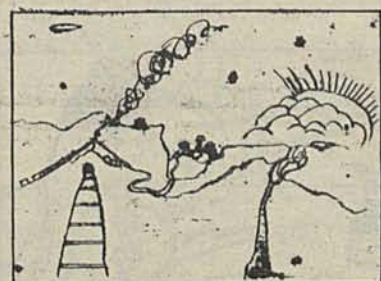
¡A mí qué!
Angel Carmona



Lección de francés
Matilde Cabello



Dama antigua
Merceditas de la Vega



Varios pueblos de la Sierra
Juanito de la Serna



Mi nena
Teresa Carmona



Albertina
J. Jaraquemada



Carabelas de Colón.- Juanito de la Serna



Gitana
Inés Jaraquemada

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SETIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL CABALLO DEL CIRCO



Ríen estos tontos porque acaban de hacer un juego de manos maravilloso. ¡Como que lo que han hecho desaparecer a la vista del regocijado auditorio ha sido nada menos que un caballo! Un caballo! Así como lo oís.

¿Sabréis vosotros dónde tienen escondido al tal animalito?

LA FOCA PEDAGOGA

Esta foca que véis en el dibujo es una foca de mucho talento. Sabe cuatro o cinco idiomas, mecanografía, taquigrafía, Física, Trigonometría, Historia Natural y Cálculos mercantiles.

¡Ah, y además sabe dibujar!

Precisamente ahora mismo acaba de trazar un dibujo precioso.

¿No lo veis?

Coged un lápiz, inmediatamente, sacadle punta y después de hechas estas dos operaciones, unid los números con líneas empezando en el uno y siguiendo por orden.



CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 342
DE SEPTIEMBRE

Envío del Pinochista D. _____

Concurso de problemas y pasatiempos :: :: del mes de Abril

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—Emilia Fernández Francés

Segundo premio.—Jesús Jiménez Albéniz

Tercer premio.—Maria Sesma.

Cuarto premio.—Amparo S. Miguel.

Quinto premio.—Francisco Mayán.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Carmen de Merlo, Evaristo Babé, María Roza, Antonio Canet, Esteban Pérez, Carlos García Marugán, Antoñito Calvo, Luis Maroto, Pepe Chocano, Ernesto Rivadulla, Teresa Antón, Ricardo Veras y Alejo Butrón.

Premios a la colaboración pinochista :: :: del mes de Abril

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—Luis Tablada.

Segundo premio.—Santiago Puga.

Tercer premio.—Pepín Castellanos.

Cuarto premio.—Manuel Fernández.

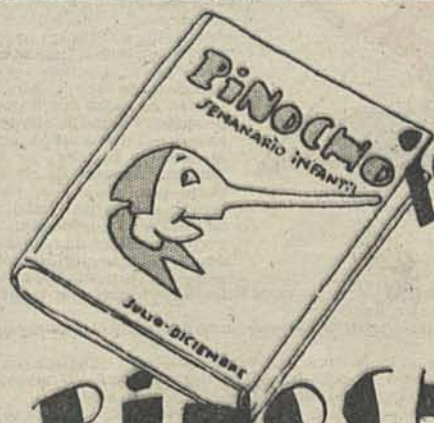
Quinto premio.—Vicente Zalve.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

José Ibáñez, Paco Pino, C. Alegre, Oscar del Olmo, J. H. F., Juan F. Argudin, Gloria Lunar, Juanito de la Serna, Luis Pino, Remedios Gómez, L. V. P. Carazo, Carmen Marengo, José Gerbolés, R. Melero, Santiago Virallé, Eulalia Garriga, Juan Manuel Mayor, Pepín Felipe y C. Díaz de B.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

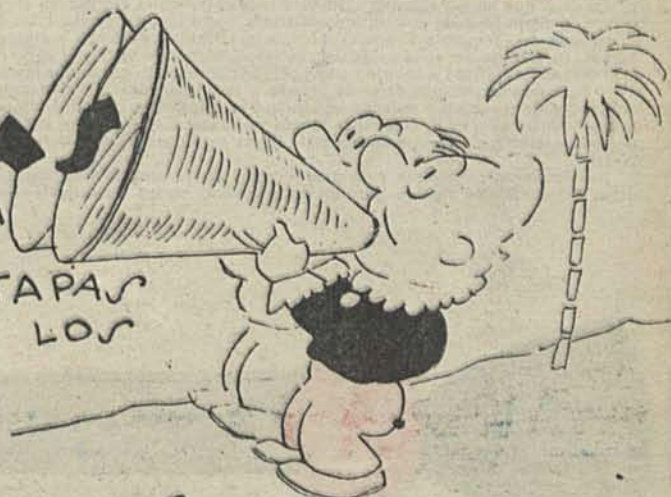


¡ATENCIÓN!

QUE VAN A HABLAR TINTON!

PINOCHISTAS

YA SE HAN PUESTO A LA
VENTA LAS PRECIOSAS TAPAS
PARA encuadrar todos los
NÚMEROS DE
PINOCHO



PRECIO PARA LOS SUSCRITORES..... 3 pts el tomo
PARA LOS QUE NO LO SON..... 5 pts id

PEDIDOS A LA EDITORIAL SATURNINO CALLEJA S.A.
VALENCIA 28 - APARTADO 447.

SECCIÓN PIRULA

Fantasías de Pirula... decoradora

LOS DIABLILLOS DE FIFÁ

Fifá está convencida de que en torno suyo revolotean por el aire, unos traviesos y maliciosos diablillos, que se divierten en hacerla rabiar.

¡Y cuidado que la hacen trastadas!

Por ejemplo: Fifá está sentada, cosiendo o bordando, y como lleva ya cerca de diez minutos tranquila, se levanta, deja la labor y corre a telefonar a cualquiera de sus diez o quince «mejores amigas», o a preguntarle a la cocinera qué postre de cocina prepara para la cena, o a mirar en el periódico si han renovado ya el programa de tal o cual cine.

Pues bien, cuando Fifá vuelve a coger su labor, se encuentra con que la aguja ha desaparecido; los diablillos la han escondido.

Porque el entretenimiento predilecto de los diablillos consiste precisamente en esconderle las cosas y en hacerla perder tiempo en buscarlas. Así le esconden la goma, el lápiz, la pluma o el cuaderno cuando se dispone a realizar sus ejercicios escolares; sus guantes o su carterita cuando se dispone a salir; su esponja cuando se baña, y su piedra pomez cuando quiere quitarse de los dedos las manchas de tinta, y su comba cuando quiere saltar. Y no se conforman con esconder objetos, sino que también los rompen; por ejemplo, basta con que Fifá coloque distraídamente una taza, una muñeca, un plato, lo que sea, en el borde de un mueble, para que algún diablillo, siempre en acecho, aproveche la primer corriente de aire para empujarlo y tirarlo al suelo.

Así cayó el otro día la preciosa Gumersinda, y gracias a que, por ser de trapo, solo se aplastó un poco la punta de la nariz, que si llega a ser de china, se mata.

Otra de las travesuras predilectas de los diablillos, consiste en atormentar a Fifá en sus lecturas.

Es decir que si, por ejemplo, Fifá está muy entretenida enfrascada en la lectura de algún libro de esos interesantísimos, como son, por ejemplo, los de «Aventuras de Pinocho y Chapete» o los de la «Biblioteca Perla», y alguien la llama para cualquier cosa y ella deja su libro, cuando lo vuelve a coger, o se lo encuentra cerrado o abierto en una página que no es la que estaba leyendo. Y tiene poquísima gracia eso de dejarse a la heroína sola en el mundo, huérfana y sin recursos, y volvérsela a encontrar a los cinco minutos viviendo espléndidamente en la compañía de una anciana señora que hay motivos para sospechar que pueda ser la viuda de cierto pariente que hizo fortuna en América.

Sea dicho entre nosotras y en gran secreto, yo me pregunto a veces si la propia Fifá no tendrá algo de culpa en las travesuras de los diablillos y si no

les ayuda a cometerlas, claro está que sin darse cuenta. Por ejemplo, si Fifá al dejar su labor, clavase cuidadosamente la aguja en la tela, es probable que los diablillos no se atrevieran a desclavarla.

Tampoco es probable que se atreviesen a esconder lápiz ni esponja, peine ni guantes, pluma ni comba, si Fifá guardase siempre cada uno de estos objetos en un mismo sitio.

Y si al dejar sobre un mueble un cacharro o un juguete, Fifá se preocupase de que estuviese a plomo, dudo que se cayera, por más que fuese a empujarlo un diablillo malicioso, aprovechando un poco de corriente de aire establecida entre dos ventanas abiertas.

En cuanto al libro... cuando Fifá se lo encuentra cerrado ¿Está muy segura de haberlo dejado abierto?, de no haberlo cerrado ella misma en la precipitación atropellada con que suele hacer las cosas?

Y si lo deja abierto ¡qué poco esfuerzo tiene que hacer el diablillo para correr algunas páginas!

En este asunto del libro, la manera más segura de burlar la malicia del diablillo consistiría sencillamente en marcar en la página.

Para ello hay varios procedimientos.

No quiero ni hablar siquiera del que consiste en doblar una esquina; esto estropea de tal modo los libros y les da tal aspecto de vejez y de desorden que no lo hace ninguna Pirulinda; la niña que lo hiciera—si es que hay alguna en el mundo—sería indigna no solamente de poseer un solo libro sino hasta de saber leer.

Lo mejor es colocar un marcador entre las páginas.

Esto ya lo ha intentado Fifá; al ponerse a leer, alguna vez se ha acordado de coger un trocito de papel, pero cuando llega el momento de colocarlo en el libro, el papelito ha desaparecido.

Ahora que si el marcador en lugar de ser un trocito de papel fuese un objeto de algún valor, Fifá no lo perdería con tanta facilidad, quierro decir que los diablillos no se atrevieran tan fácilmente a arrebatárselo.

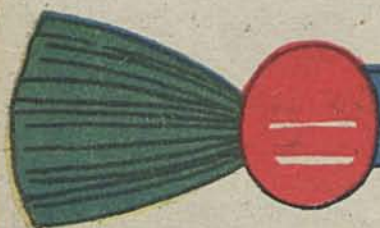
Pues valor ya a tener el marcador que Fifá colocará desde ahora entre las páginas de sus libros. Este marcador estará compuesto por una cinta de moaré, falla o tafetán de unos dos dedos de ancho. En uno de sus extremos, el que haya de ser el extremo inferior, se le pone un colgante de cierto peso: por ejemplo, una gruesa cuenta de cristal y una borla de cordoncillo; o un poco de fleco de cuentas; o unas cuantas cintitas muy estrechas, terminadas cada una con una cuenta de cristal. Y en la parte superior, el marcador tendrá nada menos que una carita de muñeca.

Esta carita puede pintarse sobre la cinta; o comprarse ya hecha en cartón y pegarla.

En el caso de pintarse sobre la cinta, se completa con una cabellera rizada, hecha con hebras de lana o de seda torzal, en negro, amarillo o marrón, según se quiera que la muñequita sea rubia, morena o de pelo castaño.

Seguramente, el marcador resultará tan bonito, y Fifá lo conservará con tanto cuidado que los diablillos no se lo podrán quitar para esconderlo y perderlo.

Y Fifá se apresurará a fabricar otros muchos marcadores parecidos para regalárselos a todas sus amigas.



GALINDO
31

